

Herencias nocivas: políticas espectrales de la figura de Rómulo Gallegos en la Venezuela revolucionaria

**Harmful Legacies: Spectral Policies Regarding the Figure
of Rómulo Gallegos in Revolutionary Venezuela**

**Heranças nocivas: políticas espectrais da figura de
Rómulo Gallegos na Venezuela revolucionária**

Juan Cristóbal Castro

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA, BOGOTÁ

Profesor del Departamento de Literatura de la Pontificia Universidad

Javeriana, Bogotá. PhD en Literatura Latinoamericana por la Universidad de California, Santa Bárbara. Ha publicado artículos sobre literatura y cultura latinoamericana en diversas revistas académicas, como la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, *Conciencia Activa*, *Estudios y Actual*. Es autor del libro *Alfabeto del caos: crítica y ficción en Paul Valéry y Jorge Luis Borges* (Universidad Central de Venezuela, 2007). Correo electrónico: jcastrok@javeriana.edu.co

Artículo de reflexión

SICI: 0122-8102(201301)17:33<52:HNRGVR>2.0.TX;2-9

Resumen

En el siguiente trabajo se intenta brindar un acercamiento a la manera como se ha venido usando la figura del escritor y político Rómulo Gallegos en Venezuela. El artículo considera las pugnas políticas por herencias nacionales dentro del contexto de la Revolución Bolivariana, y los posicionamientos de los campos políticos e intelectuales. Se busca mostrar que su propósito tiene que ver con la necesidad de apropiarse de algunos de sus legados, sobre todo sus vínculos con las narrativas identitarias y nacionalistas que se dieron a comienzos del siglo XX.

Palabras clave: Rómulo Gallegos, espectro, revolución, nación, política, Venezuela.

Palabras descriptor: Conservatismo, Gallegos, Rómulo, 1884-1969 - Crítica e interpretación, Política y gobierno, Nacionalismo, Revolución, Venezuela.

Abstract

The present paper offers an approach to the different ways in which the figure of writer and politician Rómulo Gallegos has been used in Venezuela. It looks at political rivalries regarding national legacies within the context of the Bolivarian Revolution, and the positions taken by the political and academic fields. The purpose of which, as the paper will show, is the appropriation of some of his legacies, especially in relation to nationalistic and identity-related narratives in the beginning of the twentieth century.

Palabras clave: Rómulo Gallegos, Spectrum, Revolution, Nation, Politics, Venezuela.

Keywords plus: Gallegos Romulo, 1884-1969 - Criticism and interpretation, Politics and government, Nationalism, Revolution, Venezuela.

Resumo

No seguinte trabalho pretende-se brindar um acercamento à maneira como vem se usando a figura do escritor e político Rómulo Gallegos na Venezuela. O artigo considera as pugnas políticas por heranças nacionais dentro do contexto da Revolução bolivariana e os posicionamentos dos campos políticos e intelectuais. Procura-se mostrar que o seu propósito tem a ver com a necessidade de se apropriar de alguns dos seus legados, sobretudo, os vínculos com as narrativas identitárias e nacionalistas que se deram nos começos do século XX.

Palabras clave: Rómulo Gallegos, espectro, revolução, nação, política, Venezuela.

Palavras-chave descritores: Romulo Gallegos, 1884-1969 - Criticism and interpretation, Política e governo, Nacionalismo, Revolução, Venezuela.

RECIBIDO: 1° DE AGOSTO DE 2012. EVALUADO: 13 DE SEPTIEMBRE DE 2012. ACEPTADO: 17 DE SEPTIEMBRE DE 2012.

“Esta vuelta a Gallegos, sin embargo, merece un examen más detenido, pues *Doña Bárbara* es entendida de nuevo como un texto clave para la comprensión de Venezuela, razón por la cual vale la pena preguntarse cómo es leída la novela en la actualidad, esto es, indagar en las lecturas que subyacen a estos espejismos, a esos ‘fantasmas de ayer y de hoy’.”

PAULETTE SILVA BEAUREGARD

¿QUÉ TIENEN EN común Juan Carlos Zapata, Federico Vegas y Elisa Lerner? En principio nada: uno es un periodista de origen humilde; el otro, un narrador de importancia, proveniente de una familia de renombre; y la última, una gran cronista de ingenio, inmigrante judía.

Sin embargo, hay algunas semejanzas. Primero, todos han expresado incomodidad con el gobierno neautoritario de Hugo Chávez. Segundo, en la primera década del siglo XXI se dieron a la tarea de explorar nuevos géneros: el primero con el reportaje autobiográfico titulado *Doña Bárbara con Kalashnikov* (2008), el segundo con la novela histórica *Falke* (2004), y la última con la novela intimista *De muerte lenta* (2006). Tercero, y acaso lo más importante, todos han revelado una particular obsesión: revivir la figura de Rómulo Gallegos.

Esta incursión espectral no se reduce, sin embargo, solo a las obras de estos autores. También ha hecho acto de presencia en otros trabajos. En *Historia de un encargo* (2008) de Gustavo Guerrero reaparece de forma indirecta en el proyecto fallido del novelista español Camilo José Cela que buscaba emular la ficción del famoso escritor venezolano con el trabajo *La catira*, cuyo telón de fondo era legitimar la dictadura de Pérez Jiménez.¹ En la obra *Mundo, demonio y carne* (2005) de Michaelle Ascencio vemos su presencia en sor Fernanda de la Asunción, tía de Reinaldo Solar, protagonista de la primera novela de Gallegos, quien le cuenta a su sobrino las peripecias de María Manuela, personaje principal de la obra; en *Bye, bye, Doña Bárbara* (2002) de Teófilo Oropeza lo notamos en la recreación de los llanos, siguiendo algunos de los temas que tanto atrajeron de la obra galleguiana; y, en una telenovela transmitida en el 2008 por RCTV, canal que fuera clausurado por el Gobierno, lo advertimos revivido en la adaptación libre que hiciera Ricardo Hernández Anzola de *La trepadora* (1925).

1 Allí, para destacar las operaciones ideológicas de la creación del novelista español, que lo hacen quedar muy mal por cierto, no deja de borrar las que se dieron en Gallegos, que si bien muestran un talante más democrático, civil, nacional y ético, resultan tan discursivas como las del escritor español, cosa que interpreto como un secreto homenaje a la “autenticidad” del autor venezolano.

Paralelamente, y aunque pareciera contradictorio, en las numerosas alocuciones presidenciales que se dieran en radio y televisión por esas fechas (entre 2004 y 2008), espacios capitalizados por el Gobierno en su hegemonía comunicacional², se hizo referencia a algunos de sus personajes. Así, era común oír hablar en muchas intervenciones del mister Danger, figura que aparece en *Doña Bárbara*, para hablar del expresidente norteamericano George Bush; o sobre el poema de Torrealba, *Florentino y el diablo*, que fue recreado en la novela *Cantaclaro* (1934).

De igual modo, el presidente ha ido rescatando al Gallegos de 1948, porque era “de izquierda” y sus ideas eran por ese motivo realmente “progresistas”³; por no hablar también de los usos políticos del premio Rómulo Gallegos, famoso en América Latina, que el Gobierno sutilmente tomó, para privilegiar en la selección de sus jurados a sectores cercanos ideológicamente al chavismo⁴.

La evidencia, pese a los matices, es clara hasta ahora. Bien sea desde la “oposición” o desde el Gobierno; desde la cultura letrada, mediática u oficial, nuestro escritor aparece, como buen fantasma burlón, de inesperadas formas, cosa que debería obligarnos a repensar el lugar de una obra canónica dentro de una cultura, no como monumento de un muerto olvidado, sino como sombra incansable de un vampiro en acecho, sediento de sangre nacional.

¿Pero qué significa entonces Gallegos como fantasma en estos trabajos e intervenciones, a la luz de la hegemonía comunicacional de la Revolución chavista, teniendo en cuenta la lógica y el estilo de cada una de estas reparaciones? O, dicho en otras palabras: ¿cuál es la economía espectral que esta criatura etérea busca proveer con sus continuas e imprevistas reparaciones sobre el imaginario venezolano, sobre sus maneras de pensar el país y la política? La respuesta es difícil, sin duda. Nada más revelador para una cultura que la aparición de un fantasma: su presencia

2 Axel Capriles en su texto “Revolución ciudadana: revolución castrada” hace un buen resumen: “con 8 canales de televisión, un inmenso circuito radial, YVKE Mundial, y 6 canales de Radio Nacional, una agencia de noticias con corresponsalía internacional, unas 400 estaciones de radio comunitarias, 36 televisoras comunitarias, más de 100 medios impresos” (123). También estaría el uso indiscriminado de las cadenas presidenciales, y los medios privados “amordazados por la autocensura” (123).

3 Véase <www.chavez.org.ve>.

4 También tiene otras razones y creo que la siguiente cita las explica: “Ahora, yo tengo mis hipótesis así como Rómulo Gallegos. Y él mismo lo dijo desembarcando en el avión que lo llevó al exilio a La Habana: ‘Me derrocaron los yanquis. Me derrocó el petróleo’. Dicho por Rómulo Gallegos, porque él pretendía recuperar el control del petróleo, la economía del país para el desarrollo del país, los recursos de nuestro país que se los estaba llevando Drácula, el imperialismo” (<www.chavez.org.ve>). Por otro lado, sobre el uso del premio Rómulo Gallegos, recomiendo el texto de Gustavo Guerrero “Réquiem por un ganador” (2004), publicado en *El País* de España (<http://elpais.com/diario/2005/07/15/cultura/1121378402_850215.html>).

dice algo más allá de sí mismo, algo que nos *de-manda* una tarea –reparar una injusticia, redimir una culpa, recordar un tiempo perdido, saciar una pérdida, evocar un olvido– y nos recuerda una herencia que tenemos del pasado.

Poco antes de las fechas en que se dan la gran mayoría de estos trabajos, se había vivido en el país un proceso de escisión de la sociedad nunca antes visto, que llegó hasta su máximo nivel con los sucesos del 11 al 13 de abril de 2002 y el infructuoso y errado paro petrolero; estos hechos radicalizaron la vena militante y militarista del chavismo y llevaron a gran parte del ingente espectro crítico del Gobierno, así como a los actores más moderados que acompañaron al presidente, a replegarse. La Revolución había logrado una victoria importante en sus planes de consolidación, no solo gracias a sus avances provocadores, sino a la torpeza de cierto liderazgo opositor –incluida la sociedad civil–, que desdeñó el papel de sus políticos⁵.

El célebre autor venezolano surge en las páginas de cada una de las obras antes mencionadas con especial obsesión. En Zapata aparece como el gran escritor de *Doña Bárbara*; en Vegas, como el maestro y confidente del reconocido educador Martín Vegas, familiar del autor; y en Lerner, como el insigne presidente de la República que fuera derrocado por Carlos Delgado Chalbaud. Todas estas apariciones se dan desde las páginas de un libro, desde la esfera de lo que muchos han llamado la “República de las letras”, lo que pone en evidencia otro fantasma: el de las ficciones literarias en la era de la Internet, la radio y la televisión comercial (paulatinamente capitalizadas por el Gobierno); el de la autonomía letrada nacional (en la que entran también su pedagogía y su ideario nacionalista), eso que Bourdieu dio en llamar el *campo intelectual*, en una era tecnológica, globalizada y posletrada.

Hay, sin embargo, una doble paradoja en estos resurgimientos de ultratumba. Es en el campo cultural de quienes se oponen a Chávez en donde aparece este espectro, y no en el campo político, mientras que en el lado de los seguidores del Gobierno sucede al revés: quienes han reencarnado el espectro galleguiano de manera positiva han sido las figuras políticas, mientras que en el campo literario y cultural, claramente intervenido por la tradición sesentista venezolana, todavía se conservan los antiguos prejuicios ideológicos que se esgrimieron contra su figura y su obra⁶. A su vez, esta dicotomía paradójica está cruzada de manera

5 Sobre los sucesos de abril del 2002, recomiendo el trabajo de Alfredo Meza y Sandra Lafuente, *El acertijo de abril*, publicado en el 2004 y reeditado con nueva información en el 2012, y *El silencio y el escorpión* de Brian Nelson, publicado en inglés en 2009 y ahora traducido y editado en español.

6 Se sabe que las críticas a la figura de Gallegos en Venezuela comenzaron en los años sesenta, producto de las nuevas generaciones narrativas del momento. Pero no hay que olvidar que

horizontal por otras líneas que tienen que ver con las distintas vías de mirar la figura autorial; en ellas aparecen de diversas formas el Gallegos político, civil o ideólogo, el Gallegos narrador, y el Gallegos nacionalista, víctima del imperialismo norteamericano en su presidencia.

En todo caso, y antes de arrojar una precipitada conclusión, se hace necesario entender esta presencia con más cuidado. Para ello creo que es importante hacer visibles las condiciones culturales y simbólicas en las cuales se dieron estas reencarnaciones, sin desestimar las líneas que prodigan el Gobierno y algunos de sus partidarios desde el sector intelectual.

La era del olvido

Rafael Rojas, en *Tumbas sin sosiego: revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano* (2006), habló de las *guerras de la memoria* (13) como una de las formas de lucha ideológica en la era poscomunista en Cuba, una era marcada por la *Realpolitik*, la caída del muro de Berlín y la preeminencia de los medios de comunicación. Su expresión no es ajena al contexto de finales del siglo XX y principios del XXI cuando la recuperación del pasado ha sido una de las políticas más importantes de los gobiernos democráticos españoles, argentinos y chilenos, así como sus usos y abusos en eso que Tzvetan Todorov llamó en un célebre trabajo la *apropiación del pasado* (12). Por eso creo que ese concepto se puede aplicar a una tendencia general, que va más allá de la realidad cubana.

Uno de los síntomas de la era neoliberal de los años noventa en Venezuela fue precisamente el olvido: se borraron hechos del pasado, conflictos, legados y, por supuesto, muchas injusticias, con la idea de edificar un presente hedonista y cosmopolita. Los relatos nacionales sufrieron una profunda crisis; se creó una ansiedad identitaria sin igual y se abrió un vacío que sería llenado por más de un predicador. Pero esto no fue un fenómeno nacional, propio de ese momento. Ya Agnes Heller a comienzos del siglo XXI, en su conferencia “Memoria cultural, identidad y sociedad civil”, veía con preocupación cómo la sociedad civil, que había adquirido un papel predominante en el mundo moderno, carecía de una memoria cultural que pudiera crear relatos identitarios para fundar y legitimar una tradición. Zigmunt Bauman lo percibía como signo de la globalización y de cierta crisis de la idea de Estado-nación: “Lo que aún queda del poder y de la política del pasado en manos del Estado ha ido menguando gradualmente”, dice en *Tiempos líquidos* (41).

también ha sido un lugar común la crítica ideológica.

La Revolución bolivariana supo aprovecharse de esta situación de vacío, reviviendo por supuesto algunas herencias que habían permanecido marginadas del espectro público y satisfaciendo una demanda nacionalista que fue incubándose por las contradicciones del mundo posfordista. En otras palabras, hizo usufructo de la amnesia posmoderna que trajo, entre otras consecuencias, el resquebrajamiento de los partidos políticos y de la memoria nacional que los sustentaba, gracias al descrédito vivido por estos que, entregados a una asepsia ideológica y a un pragmatismo apolítico, fueron dejando un vacío que el actual presidente de la República supo aprovechar muy bien. El proceso estuvo acompañado de una operación discursiva y simbólica que buscó crear una suerte de “prótesis mnemónica”, que fue creando el terreno de la legitimación revolucionaria⁷.

El elemento más criticado desde sus inicios por los diferentes –y también divergentes– círculos “opositores” venezolanos fue la imposición de una nueva visión del pasado. El historiador Manuel Caballero lo definió como “la reescritura de toda la historia venezolana para asimilarla a un dogma totalitario”, con el fin de “presentarla como un continuo de luchas y frustraciones que anunciaban al correr de los tiempos la llegada del salvador de Venezuela” (218).

Es verdad que la Revolución llegó al poder reviviendo el espíritu no solo de Bolívar, figura medular en su proyecto de dominio, sino el del mismo caudillo Ezequiel Zamora, jefe precursor de la cruenta guerra federal de la segunda mitad del siglo XIX. También –y en un segundo rango– ha intentado revivir los diversos sujetos marginados por la historia, indígenas o afroamericanos, por no mencionar otras comunidades y subjetividades relegadas que se han ido conformando mucho después.

Pero se trata de un discurso, más que reivindicador, vengador. Su ruta genealógica recorre el mapa que Bolívar dibujara en su Carta de Jamaica (1815) y el imaginario de la enemistad absoluta de su famoso Decreto de Guerra a Muerte (1813); sigue después con el culto guerrero de las novelas *Venezuela heroica* (1881) y *Zárate* (1882) de Eduardo Blanco, y se renueva con la literatura militante de los sesenta: en ella está lo que podríamos llamar, para usar una

7 Asimismo, el atentado del 11 de septiembre y la crisis del sistema financiero, que sucedió años después, sirvieron para darles más fuerzas a las demandas nacionales. Sin duda el panorama mundial se complejizó con economías emergentes (Brasil, la India, Rusia, entre otros) y dispositivos de control (visas, aduanas, sistemas de seguridad) que privilegiaban la figura estatal con bríos insospechados; pero también auparon todavía más en Venezuela y América Latina la legitimidad de esta nueva memoria revolucionaria populista, con la idea de favorecer un polo estratégico que se opusiera al unilateralismo del “imperio”.

denominación conocida, la representación del subalterno heroico, propia de la tradición latinoamericanista más radical. Esta tradición hoy en día se inscribe como una renovación del legado cubano y del imaginario revolucionario internacionalista, con su crítica al capitalismo, al imperio, a la burguesía y a las potencias mundiales.

Si bien esta empresa de rescate sirvió para mostrar ciertas injusticias sociales y económicas, y en algunas ocasiones para promover e incentivar las demandas de cambio en los sectores más excluidos de la sociedad, también se dio bajo un imaginario masculino, épico, militarista y sectario que, al negar sistemáticamente importantes momentos de la historia moderna de la república civil y democrática de Venezuela, terminó por imponer una visión unilateral y tergiversada del reciente pasado democrático venezolano, reviviendo un mesianismo acrítico y vengador que sirvió para legitimar actos violentos y sectarios.

Lo paradójico es que ese pasado, que la maquinaria estatal del Gobierno bolivariano ha intentado omitir y reducir hasta la caricatura, constituye el momento de nacimiento de la nación moderna venezolana. Me refiero al largo período iniciado con la república de Páez, fundador del país tal como lo entendemos hoy, que termina con la llegada de Chávez al poder. Allí se “meten en un solo saco”, para decirlo en términos coloquiales, los regímenes autoritarios de Guzmán Blanco, los Monagas, Castro y Gómez, y los de la era democrática de la república, desde la misma presidencia de Gallegos (1948), escogido en las primeras elecciones por sufragio universal, directo y secreto que tuvo Venezuela, pasando por los gobiernos surgidos al abrigo del Pacto de Puntofijo.

Pero hay otro elemento importante que se da en este período y que está fuertemente relacionado con estas políticas del olvido que he venido comentando.

La retórica del odio

El olvido no fue, como he dicho, una política espontánea. Tenía el propósito de fundar un nuevo período histórico, con la violencia de la exclusión. Además de conformar una reescritura del pasado, era importante fomentar una *discursividad* fuertemente sectaria, cuyo principal objetivo era segregar de forma simbólica a ciertos actores nacionales, entre ellos, a la élite empresarial, intelectual y profesional creada por los cuarenta años de institucionalidad democrática.

La razón era evidente: ella era la encarnación de esas épocas que querían negar, omitir y marginar residuos tóxicos de la maliciosa temporalidad que el mesianismo revolucionario buscaba erradicar con su tiempo absoluto y utópico fuera de la historia. “Que termine de nacer el nuevo Estado y que termine de morir el viejo Estado; que termine de morir la vieja sociedad y termine de nacer

la nueva; que el hombre viejo, la mujer vieja, termine de convertirse en el hombre nuevo”, señala el presidente en una de sus alocuciones públicas⁸.

Esta dinámica de muerte y nacimiento es la que busca el absoluto revolucionario: “hemos roto las cadenas que subordinaban a esa sociedad política a la sociedad civil oligárquica burguesa del pasado, y eso ya solo genera un cisma”, sostiene el líder revolucionario⁹. Todo tiempo pasado fue peor, pareciera advertirnos la *ética de convicción* que, según Max Weber, existe en estos procesos¹⁰. El pretérito es nocivo y peligroso, porque representa a las viejas oligarquías, los antiguos privilegios; por eso el proceso de cambio debe ser continuo, debe seguir “rompiendo las cadenas, transformando la sociedad civil, oligárquica, alienada, en una nueva sociedad”¹¹. No en balde los apelativos en tono despreciativo de oligarquía, burguesía, ricos, mantuanos, dichos de manera arbitraria e irracional, fueron recurrentes por parte del presidente y sus seguidores.

Junto con ello, también se fue configurando un discurso hegemónico que reunía a todos los factores disidentes del país en un mismo espacio dominante, y que seguía no solo secretos móviles foráneos, sino también prejuicios raciales y de clase. Es aquí donde se revive el espectro galleguiano, ahora en su fase peligrosa y negativa. Luis Britto García, intelectual orgánico de la Revolución, al mismo tiempo que tacha a Gallegos de “monaguillo de la liturgia positivista de la dictadura de Juan Vicente Gómez” (*País de petróleo* 173)¹², afirma “que el pueblo supera a sus dirigencias” (160), denunciando lo que sucedió con el paro petrolero y los días posteriores al 11 de abril¹³.

8 Véase <www.chavez.org.ve>.

9 Véase <Aporrea.org>.

10 Hablo de los textos de Max Weber *Ensayos sobre sociología de la religión* (1921), y sobre todo de su trabajo *El político como vocación* (1919).

11 Véase <Aporrea.org>. En un discurso del propio presidente que considero muy representativo, por el juego político que está llevando a cabo, ya que se trata de una maniobra que hizo no muy democrática, por cierto para imponer una serie de medidas que ya habían sido rechazadas en una elección. Se trata del discurso de orden que diera en ocasión de entregar la propuesta de reforma constitucional en la Asamblea Nacional.

12 Más adelante indica: “El proyecto de Gallegos de integrar las regiones venezolanas en un vasto mural narrativo es el equivalente narrativo del plan de unidad nacional gomecista” (174).

13 También habla del “pueblo”, descontextualizando varios momentos que respondieron a situaciones diversas: “Sin visible orientación de vanguardias, en 1987 protagoniza el Meridazo y en 1989 el Caracazo, en 1993 desecha el bipartidismo, desde 1998 derrota a la coalición en siete elecciones constitutivas; en 2002 repone al gobierno electo depuesto y en el 2003 vence un complot de desestabilización política y económica” (160).

El mapa binario que establece el intelectual chavista en su análisis de los hechos es claro y monolítico, sin espacio para la duda o la interrogación. Se resume en la confrontación de dos sujetos antagónicos. Por un lado, el pueblo que es una figura ahistórica y esencial; y, por otro lado, las élites, siempre decadentes y manipuladoras. Asimismo lo podemos ver en el famoso portal chavista de Internet Aporrea.org, en textos de José Sant Roz como “Elementos racistas y oligarcas en la obra de Rómulo Gallegos”, “Un negro (mulato, mestizo o indio) antichavista es un aberrado”, y en menor medida en “Los tres grandes mosqueteros del racismo nacional: Adriani, Gallegos, Betancourt”, en los que trata de probar desde una mirada abiertamente tendenciosa la supuesta complicidad del escritor con el régimen de Gómez y su ideología racista; rescata sin embargo al novelista del llano, que en su literatura representa la esencia nacional.

El investigador Luis Duno no se queda atrás en esta instrumentalización discursiva, que por lo menos goza de cierta densidad empírica, y a su vez le concede en una breve nota a pie de página cierto beneficio de la duda¹⁴. En “Las tropelías de la turba: reflexiones sobre la construcción mediática de las masas”, trabajo publicado inicialmente en *Journal of Latin American Cultural Studies* (2004), y luego traducido al español para el libro *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana* (2006), Duno muestra la manera como fueron representadas varias subjetividades subalternas de manera peyorativa, bajo el título de “turba”. Su estudio solo se concentra en analizar un contexto bien específico: los medios de comunicación opositores al Gobierno, sin tomar en cuenta el papel desempeñado por éste antes de tales sucesos, ni la manera como reaccionó frente a la marcha del 11 de abril.

Si bien su lenguaje es respetuoso, su retórica de investigador “objetivo” con la cual pretende borrar el esquema binario de su análisis (como si su trabajo fuese ajeno a la polarización política del momento) termina privilegiando la visión de un solo sector. Así, nos dice sobre el imaginario del consenso de la democracia venezolana anterior a Chávez que “dejó de funcionar por algún tiempo, al ponerse en práctica un curioso ejercicio de exclusión que pasaba por representaciones estigmatizadas de un sector de la vida nacional que fue denominado turba” (867). Duno sitúa la raíz de este problema en la ideología del mestizaje de Acción Democrática. Cita a Andrés Eloy Blanco y, por supuesto, al mismo Gallegos, para

¹⁴ La cita es la siguiente: “Cabe destacar que también existe un discurso mediático chavista que produce sujetos ilegítimos: ‘los apátridas’, ‘los oligarcas’, ‘los escualidos’, etc. Este ensayo no aborda tal problema, que escapa a nuestro propósito inicial: discutir el golpe de Estado de abril y las estrategias mediáticas de (des)legitimación política de sectores populares” (Duno 870). Interesante manera de “discutir” el golpe, mostrando conscientemente solo un lado de los hechos.

mostrar sus intentos de “blanquear” la herencia afrovenezolana, una crítica común dentro de cierto multiculturalismo radical de la academia estadounidense y que no deja de ser algo reductiva al cifrar el conflicto en un prejuicio racial del pasado visto como un bloque monolítico y atemporal. “La dicotomía sarmentiana, por ejemplo, también anclada en la cultura venezolana a través de la narrativa de Rómulo Gallegos, resurge cuando los medios registraron un periplo que iba de la barbarie a la civilización y, luego, de vuelta a la barbarie”, afirma el estudioso (859)¹⁵.

Estos son solo unos pocos ejemplos. Acaso algunos de ellos son los más moderados de una extensa maquinaria que ha venido apareciendo en diversas alocuciones, intervenciones y publicaciones del oficialismo chavista: programas de televisión y radio, pancartas, videos, revistas, diarios, una vez que fundaron su hegemonía comunicacional después de los sucesos de abril¹⁶.

Visto así, no es difícil entonces pensar que la presencia espectral de Gallegos en las obras de Vegas, Zapata y Lerner puede entenderse como una reacción frente a las políticas del olvido y su retórica del odio y la negación que ha promovido el Gobierno. La figura del novelista, maestro y político venezolano podría aparecer como una forma de repensar el lugar que tienen en el país los sujetos que han sido desnacionalizados por este discurso; éste, después del fracaso del paro petrolero y del golpe del 11 de abril, se volvió monolítico y oficial, y bajo las nuevas condiciones sociales e incluso urbanas, promovidas por el abrupto ascenso social de la renta petrolera y de las prácticas de exclusión del Gobierno, ha ido desplazando con gran efectividad las viejas estructuras de poder.

El campo intelectual venezolano fue uno de los espacios que sintió con mayor consternación este cambio. Bien se puede evidenciar en numerosas obras, desde trabajos como *País* (2007) de Yolanda Pantin, pasando por el poemario *Silva de las desventuras de la zona sórdida* (2012) de Harry Almela, siguiendo con el libro *El duelo* (2010) de Igor Barreto. En todos ellos se muestra una angustia intelectual sin igual, y se inscriben así, como dijera en una oportunidad Antonio López Ortega, “en una línea de exploración de reciente data que señala la muerte de las reflexiones nacionales” (1). Pero antes de seguir con esta idea, creo que es

15 Es verdad que hubo prejuicios tanto de clase como de raza en ciertos sectores opositores, pero eso no quiere decir que todo el espectro opositor se haya dejado llevar por ese móvil, tomando en cuenta que muchos de estos fueron críticos del racismo antes de que llegara Chávez. Además, no hay que dejar de verlos sin la provocación deliberada y sistemática del presidente, porque muchos en ese momento tenían diversos argumentos válidos para criticar al presidente, sin ser movidos únicamente por el odio de raza o clase.

16 Sigo a este respecto al comunicólogo Marcelino Bisbal: “[...] después del golpe de Estado y la huelga general el Estado venezolano comienza a dotarse de una plataforma mediática sin precedentes en la vida republicana del país” (cit. en Capriles 123).

importante acercarnos a este espectro de las obras de los autores mencionados al inicio de este texto.

Las huellas dentro de la literatura

En la novela de Elisa Lerner, *De muerte lenta*, Gallegos aparece encarnando la figura presidencial cuando fue electo por medio del voto popular. La obra está construida en trece capítulos, cada uno de los cuales sigue los pasos de la investigación del protagonista, un tesista que está trabajando el período histórico cuando Gallegos fue presidente. Allí retrata a la clase media acomodada y algunos de sus rituales y obsesiones. En la obra se imponen tres espacios significativos: el del estudiante (la hemeroteca, la universidad), el de la clase media acomodada (un balneario, el de Puerto Cabello), y el de la historia real, justo la época de la presidencia de Gallegos. Contrasta, por un lado, las divagaciones de los personajes, llenos de referencias, rememoraciones, obsesiones y relatos; y, por otro, el periodo de la presidencia de Gallegos: preciso, ideal, perfecto. Uno es un flujo constante de temporalidades sin sentido; y el otro, un tiempo histórico concreto, cuyo sentido estuvo bien claro.

Visto en la distancia, pareciera que el tesista buscara recuperar la historia negada, representada en la presidencia de Gallegos, que se convierte en lugar de la carencia, centro y obsesión de los personajes que perdieron ese momento. Un momento utópico cuando el intelectual estaba dentro del poder del Estado, cuando era parte de él, en una Venezuela acosada por caudillos y populistas. Ese es el tiempo histórico durante el cual el país pudo realizarse como nación y, lamentablemente, no pudo. Marca así un trauma y proyecta constantemente la fantasía de que allí se iban a poder conjugar definitivamente la ciudad letrada con el país nacional, y el oficio político recobraría la dignidad en la figura de un dirigente moralmente intachable e intelectualmente superior, como era Gallegos.

Elisa Lerner muestra una ansiedad letrada que ya hemos visto en algunas de sus entrevistas, un denominador común de gran parte de la intelectualidad venezolana. En numerosas intervenciones ha destacado el espacio marginal que siempre ha ocupado en Venezuela el escritor en el siglo XX, y sin duda el elegante tono sarcástico que destilan sus crónicas ante fenómenos de la cultura mediática venezolana revela ese escepticismo y desencanto ante esa realidad. Por eso el doctor Pedraza, un personaje de la novela, evidencia la fatalidad de una tradición intelectual que ha funcionado desde una vocación sacrificial, fuera de la escena pública (marginados, exiliados o desconocidos): “Aquí en Venezuela hemos tenido grandes bautistas: fraguadores de una conciencia histórico-poética: Andrés

Bello, Cecilio Acosta, Arístides Rojas, Lisandro Alvarado, Fermín Toro, Enrique Bernardo Núñez, Picón Salas, Lazo Martí, Antonio Arraiz, Rómulo Gallegos, este, primer poeta de Venezuela, alzado con un mundo a cuestas entre las sombras de la barbarie que pretenden ocultarlo” (216).

La fascinación de Elisa Lerner por el político novelista tiene su explicación. Con él hay cierta nostalgia por recobrar la posibilidad del valor del intelectual, que una vez reencarnó en el novelista y que con su golpe murió en el país. En numerosas intervenciones para la prensa, como dije, lo ha apuntado. En una entrevista con Manuel Fuentes expresa:

Veníamos de la época más brillante de la democracia venezolana con Gallegos en la Presidencia de la República, un intelectual que rompió con todos los esquemas del militarismo anterior, sin recurrir a las armas. Tenía a grandes pensadores en su equipo de Gobierno y creo que el país perdió una gran posibilidad cuando don Rómulo fue derrocado. (54)

Por eso todos los personajes de su novela fijan sus reflexiones en torno a ese momento medular que ha sido borrado de la historia, y por eso les cuesta lidiar con ese evento traumático; no pueden explicarlo, articularlo ni darle sentido. Sus palabras van y vienen rememorando cosas, eventos y situaciones, pero son incapaces de darle algún valor.

Con Federico Vegas, en su obra *Falke* (2005), la sombra de Gallegos ofrece otro matiz. También vemos en ella la figura del civil, pero en este caso es la del maestro y confesor, amigo del médico Rafael Vegas, quien fuera uno de sus más cercanos discípulos. Pero, leída con cuidado, en ella prevalece sobre todo el novelista que a través de su escritura puede explicar la trama difusa de lo venezolano. La mirada sobre esta figura es entonces más íntima; surge desde el género epistolar, como si Teresa de la Parra se hubiera colado en el arte de narrar de Vegas para hablar de Gallegos. En una de las cartas que abre la obra se da una confesión personal de este, que exhibe a un Gallegos menos político que escritor. “Se imaginaré los deseos que tengo de participar en el destino de nuestra nación, solo temo que regiones demasiado extensas de mi alma estarán copadas por una ineludible tendencia a observar y relatar” (20). La confesión llega al punto de admitir el proceso de sacrificio que va a tener el autor: “Soy, en definitiva, un escritor a punto de abordar tiempos de grandes acciones en un país que está pasando de la tiranía a una furibunda tiranía” (20).

El lector para el cual está escrita gran parte de la obra es entonces Gallegos, modelo de un arte de narrar¹⁷. El conjunto de libretas, fragmentos y cartas, textos disímiles, cobra razón de ser y unidad para la mirada futura del novelista venezolano, quien en teoría podría darle sentido y “exorcizar” la experiencia fallida de Falke. También, como Lerner, la trama parte de un núcleo traumático, esta vez representado por el fracaso de la toma de Cumaná, el derrocamiento de la dictadura gomecista y la imposibilidad de darle sentido a esa aventura. Esta experiencia quizá podría tener como correlato en la vida del autor de la novela la crisis petrolera y el golpe de Estado del 2002, cuando una “élite” pretendió tomar el poder pasando por alto los mecanismos democráticos y el trabajo político. Quizás por eso se puede entender la necesidad del Vegas novelista de acercarse al Vegas médico y político como una manera de recuperar el lugar que ocupa el sujeto civil –y no necesariamente el civil común, sino el civil mantuano o patricio– dentro de la nación; una manera de repolitizar este grupo social y cultural, tan dañado por los acontecimientos de ese período.

Sin embargo, volviendo a la novela, Gallegos cede en este caso. Él no puede contar esa historia. Solo podrá hacerlo el mismo Rafael Vegas (o uno de sus descendientes, Federico Vegas, que escribe desde un lugar político tan confuso como el que narra el protagonista). El espectro aparece entonces impotente. No domina la escena. Solo muestra su fracaso, su afán de escuchar en otros la labor que no puede hacer. Es un espectador silencioso, un Dios lector que sirve como objeto sagrado de la narración, como el fin para darle sentido a lo vivido. Vegas lo resucita para darle voz a Rafael, para rendirle tributo al maestro, que es sobre todo un narrador. “Doña Bárbara es mi Biblia” (34), dice.

Invocar la figura espectral es aquí también invocar su estilo, su lenguaje, algunas de sus obsesiones y giros. Pero es, además, resucitar su obra. El mismo narrador, después de la aventura fracasada, se esconde en diferentes lugares y completamente desamparado en los llanos comienza a contar la novela *Doña Bárbara*. Esa escena de lectura es profundamente reveladora. En ella el espectro reaparece en su más recóndita radicalidad, mostrando sus poderes clarividentes, sus dones extrasensoriales, su metempsicosis. “Pareciera obra de un ser que flota sobre la mente de los hombres adivinando sus pensamientos –explica el narrador–, un mago que ha vivido varios siglos, un sabio que todo lo sabe y todo lo

17 Gallegos le da consejos en su carta sobre el arte de escribir literatura, aunque cuida de no participar en sus decisiones. Lo previene sobre la demanda que pudiera tener la gente sobre una obra. “El problema es que el propósito de la literatura no es satisfacer necesidades sino abrir nuevos apetitos” (21).

puede y nos regala una parte de sus encantamientos” (354). Y es que Chacaracual, lugar situado en el oriente venezolano donde se hospeda el protagonista, es igual a los llanos apureños de la novela galleguiana: “Hay amansador y quesero, espejismos y polveros, barahúndas y bramidos” (354). También hay allí una María Nieves y un Pajarote.

Esta idea de un regalo del más allá, un regalo del pasado, del espectro, que es “parte de sus encantamientos”, obedece a una economía simbólica que está relacionada con eso que Marcel Mauss ha dado en llamar *maná* en su *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas* (2007). En este trabajo, publicado en 1923 y recuperado tiempo después por Bataille y Lévi-Strauss, se describe la naturaleza del intercambio contractual entre las sociedades primitivas. Allí habla de este concepto como una fuerza mágica y de honor que se le da a alguien, la cual crea una demanda tan fuerte en su receptor o depositario que lo obliga a retribuirlo con otro regalo tan o más importante, porque “aceptar algo de alguien es aceptar algo de su esencia espiritual, de su alma” (91)¹⁸; no en balde, volviendo a la novela de Vegas, *Doña Bárbara* es como un faro en ese lugar de confusión donde reside el protagonista.

El narrador, perdido en la “tierra” (lugar nacional por excelencia) y a completa merced del gran dictador Gómez, utiliza la obra como un pequeño mapa espiritual para sobrevivir al descalabro de la hazaña épica de Falke. Su lugar es el del civil mantuano, el del patricio, que busca en la ficción un principio de orden para darle sentido a su vida en dicha nación. Como Santos Luzardo, Vegas viene de Europa, es culto, proveniente de una familia importante, pero a diferencia de él no es “capaz de capar un toro, domar un potro, tumbar una res y maniararla” (351). Su aventura es otra y su lugar también. “Solo soy un personaje del blanqueamiento [...], un desubicado que los tiene bastante confundidos” (351), afirma. Su búsqueda es personal e identitaria: ¿dónde y cómo ubicarse en una tierra autoritaria e igualitarista si es parte del “mantuanaje” tan desacreditado por la historia, por el positivismo y por el mismo discurso galleguiano?

Al final, Vegas retorna a Europa y a sus oficios de disciplinado estudio con una nueva conciencia. Si bien regresa herido de muerte por el accidente que le ha dado la aventura, ha ganado una conciencia del ejemplo del maestro

18 Sigo la lectura que hace de este concepto, para sus propios fines, Boris Groys: “Está claro que para la teoría del maná, tal y como fue formulada por Mauss, tiene una importancia fundamental el hecho de que, con el tiempo, el carácter de los espíritus que habitan los regalos cambia necesariamente. El maná en el regalo siempre es, de entrada, amable, pero más tarde comienza, de un modo igualmente necesario, a tener efectos negativos, justamente cuando la relación entre el regalo y quien lo regala cae en el olvido” (176).

venezolano, de su afán y dedicación al país: “Usted –le escribe a Gallegos– ha arado en nuestras tierras y en nuestras almas. ¿Existirá un manifiesto político más esclarecedor, más penetrante e imperecedero que sus novelas?” (451). La literatura es entonces el regalo del maestro, en el sentido de Mauss, y también del espectro que Federico Vegas conjura en su escritura. La ficción es ese don “encantatorio” que nos cura y conjura la confusión de la nación. Principio de orden, espacio de autoridad: la ficción es parte de la nación, su mapa indistinguible, el cuerpo de su espíritu.

El caso de Juan Carlos Zapata es diferente. Gallegos es una referencia del pasado ejemplar, y la evidencia del fracaso de un proyecto político y social. Como una vez hiciera Salvador Garmendia en un reportaje para *El Nacional*, Zapata, en su libro *Doña Bárbara con Kalashnikov* (2008), hace evidente la derrota del ideario galleguiano al volver, como el mismo Vegas, sobre la geografía que tanto trabajó el escritor y presidente venezolano en sus dos célebres novelas, *Cantaclaro* y *Doña Bárbara*. Me refiero a los llanos, el espacio privilegiado por el positivismo para entender la nación. Allí habitan la miseria, el abandono y la desolación, en una situación mucho más complicada y deteriorada de la que narra en sus obras el maestro venezolano, con guerrillas, narcotráfico y asesinatos a mansalva, como si el género para contar esta realidad ya no fuera la novela regionalista sino el policial negro, o incluso *gore*.

Zapata, a diferencia de Lerner y Vegas, es un periodista proveniente de los mismos llanos, así que su mirada si bien pierde en “estilo literario” gana en espesor vivencial. Su obra mezcla la denuncia con la confesión; por eso su confección formal es más osada por cuanto mezcla varios registros: la narración personal, el reportaje, la denuncia, la crónica y la historia. Gallegos aparece conjugando la imagen de escritor y político, como si los dos proyectos fueran lo mismo. El autor se concentra en el proceso de búsqueda que dio lugar a *Doña Bárbara* y *Cantaclaro*; analiza el espacio arquetípico que representa en nuestra conciencia nacional ese lugar desde el cual narra, los llanos, territorio esencial de la historia venezolana donde Gallegos “sucumbió”. Juan Carlos Zapata una y otra vez vuelve sobre ese lugar, y sobre la relación que Gallegos como novelista y como político tuvo con él, porque allí no solo creó dos de sus más importantes obras, sino también fue donde dio inicio a su campaña presidencial.

En una narrativa contrapuntística, en la que se intercalan las confesiones de Zapata de compañeros muertos, pasajes de la creación de las obras del autor y presidente venezolano y el análisis de la realidad política, se hace una crítica contundente a la realidad actual de esa zona del país, especialmente en Gusgualito y la responsabilidad que tiene en ello el Gobierno revolucionario. Dicho de otro

modo: el escritor destaca la desolación existencial del llano, marcado hoy en día por la violencia y la anomia legal. La ley del más fuerte se ha impuesto, y el regreso de doña Bárbara es un recurso recurrente de su análisis; para él se trata de un espíritu que ha regresado para vengarse y crear desorden y desolación a su paso. Al igual que en el caso de los autores anteriores, la presencia de Gallegos se da a partir de un núcleo traumático: la realidad del país, concretamente la violencia que se desata en los llanos. Si bien es cierto que esta presencia espectral del político venezolano, surgida para tratar de conjurar la otra presencia espectral de doña Bárbara, muestra signos de nostalgia por la probidad, el valor y el ejemplo de esta figura histórica, la intensidad del contraste entre aquel proyecto político del maestro con la situación del presente manifiesta una estremecedora reflexión con claros tintes de fatalidad. El pedagogo cuya fórmula política y cívica pudo “domesticar” a la barbarie ya no está.

En este sentido, comparado con Vegas y Lerner, el Gallegos de Zapata no aparece con el único deseo de cubrir ese vacío dejado por la realidad actual, en lo que Lacan habría llamado *l'objet petit a*. El mal ya está hecho. Solo queda mirar las ruinas del apocalipsis bárbaro, de la catástrofe. Es verdad que el fantasma galleguiano surge como referencia ineludible, como hombre probo y político audaz; sin embargo, lo que pareciera interesar es la representación del lugar arquetípico de los llanos y su antítesis con la realidad actual. Gallegos sirve de excusa para mostrar la complejidad de la crisis del escenario reciente, donde el lugar originario de la nacionalidad moderna es ahora un caos de violencia y locura.

Lo interesante es que en los tres autores el espectro galleguiano aparece cerrando un círculo en el que el escritor, el político y el ideólogo tienden a confundirse. En Vegas y en Zapata se da con más intensidad, mientras que en Lerner se profundiza el acento civilista y político. De hecho, en los dos primeros la novela del escritor venezolano se lee casi como si fuera un documento profético, hasta mesiánico, de la nacionalidad venezolana, cosa que se ha hecho en más de una oportunidad.

Sin embargo, es bueno decir que en todos opera una lógica doble: al mismo tiempo que se busca descifrar ese documento sagrado del país, ese mapa simbólico del destino venezolano, también se manifiesta que es imposible usarlo en el presente del acto lector, en el sentido de que se evidencia la escisión que hay entre su presencia y la realidad que viven los personajes, entre el ayer del proyecto cívico y narrativo de Gallegos y el hoy de la crisis nacional. Si bien los signa una utopía retrospectiva que veían en la figura galleguiana o en su obra, una posibilidad para lidiar con lo venezolano de manera ideal y perfecta, también los marca una hendidura que limita esta representación y la convierte

más bien en una especie de distopía nostálgica y hasta conservadora, en un infierno real y simbólico¹⁹.

El valor de la herencia

¿Qué se puede decir entonces de estas presencias? Sin duda hay Gallegos para todos los gustos. También, sin duda, hay cierta nostalgia por su proyecto político y civil, y por su imaginario. Como bien advierte Carlos Pacheco, su figura autorial se ha convertido en un “código simbólico de lo nacional, en constante movimiento y redefinición”, un “significante político y estético en la cultura venezolana” (432). Su fantasma puede entenderse entonces como una práctica de resistencia frente a la política del olvido promovida por la nueva hegemonía chavista, que se inició –y no hay que olvidarlo– ciertamente por la cultura mediática y neoliberal que creó las condiciones para la llegada del teniente coronel a la Presidencia.

Gallegos ha sido una figura medular en la conciencia democrática y nacional venezolana. Fue, al mismo tiempo, un político de prestigio, activista del partido democrático más importante del país, Acción Democrática, un maestro de indudable rigor y desprendimiento, guía de la Generación del 28 –la creadora de la Venezuela moderna–, y escritor de numerosas obras que han jugado un papel dentro de la nación. De modo que releerlo es, además de una forma de reivindicar sus acciones, una manera de entender mejor su proyecto estético y político, y la fórmula con que logró llevar a su país a la era democrática.

Si del lado del campo cultural e intelectual chavista se revive al Gallegos con prejuicios raciales propios de la época, y se inscriben sus actos bajo la ideología del mestizaje como única motivación, del lado de los críticos del Gobierno aparece un Gallegos que encarna varios roles, sobre todo el de civil y pedagogo, aun cuando el de novelista es claramente significativo. La paradoja está en preguntarse por qué, al igual que ha sido redividido en sectores opuestos a las políticas del presidente, también ha reaparecido de manera indirecta –a veces con ironía y otras veces por error (como un *slip of the tongue* freudiando)– en sectores del Gobierno, tal como fue señalado al principio de estas líneas, que han buscado más bien negar parte de sus acciones y legados.

Esta interrogante amerita la mayor de nuestras atenciones, porque se trata de algo bien complejo, que incita una lectura minuciosa, exenta de polarizaciones. Propongo una respuesta tentativa para finalizar esta exploración.

19 En esta tesis coincido completamente con el interesante trabajo de Paulette Silva Beauregard “Novela e imaginación pública en la Venezuela actual: el regreso de viejos fantasmas 1”, con la salvedad de que a mi modo de ver algunas de las obras que estudio muestran la imposibilidad de restituir ese imaginario.

La razón por la cual su carácter espectral reaparece en uno y otro sector podría estar relacionada con otro espectro que Gallegos busca conjurar en su obra y en su vida política, y que persigue a todo venezolano, quiéralo o no, bajo el archivo folclórico y nacional que ha erigido su mitología y su imaginario político. Un espectro que se ontologiza y se convierte en espíritu, en alma, y adquiere así una fuerza superior, que capitaliza el más allá en una sola voz y en una sola presencia.

Para entender lo que digo, propongo acercarnos a esa otra trama de la novelesca galleguiana, más significativa, que va más allá del espacio físico del mundo representado, la trama inanimada del submundo simbólico y fantasmal que mueve a los personajes. El espectro reaparece así para marcar herencias distintas. En *Doña Bárbara*, núcleo fundacional de su ideal de nación, lo vemos encarnar, por un lado, en el Socio, una criatura del otro mundo que le aporta a la protagonista información del futuro para poder tramar sus ardidés, cosa que le ha dado fama de hechicera; por otro lado, está el espectro de la Barquereña, que ha poseído por completo a Lorenzo Baquero, dejándolo solo y entregado al alcohol; también está el Familiar, criatura espectral que custodia las tierras de los Luzardo y se convierte en augurio del porvenir; y, finalmente, está el mismo Centauro, imagen que persigue a todo llanero y representa su espíritu bárbaro.

Frente a ese coro de espectros los personajes participan ya no en el espacio físico de las tierras venezolanas sino en una región invisible donde los muertos hablan –o fingen hablar–. Al final, sin embargo, prevalece la criatura fantasmagórica más importante, porque está dentro y fuera de la obra, persiguiendo a Gallegos de diferentes formas: se trata de eso que él bien llamó *el alma de la raza*, núcleo esencialista de la nacionalidad. “Este pueblo no tiene vida interior”, dice en la novela *Reinaldo Solar* (1920), y por eso tiene “el alma sepultada, totalmente abolida”, porque les falta “la materia prima: el alma de la raza” (65). Un espíritu que nace de una demanda nativa, que si por un lado significa vigor, fuerza, pasión, por otro implica peligro, radicalidad, violencia, negación. Está en esa “voz antigua, pero siempre oportuna” del “alma del llanero” (106), usada por el profeta para tentar al llanero en *Cantaclaro*. Está en *Canaima* cuando el narrador describe la selva y la lee como una escritura perdida con “simbólicas inscripciones de ignotas razas en el alma de una civilización frustrada” (208). Lugares del secreto, fuentes irracionales y telúricas de la nacionalidad, donde Marcos Vargas se hundirá completamente, donde doña Bárbara desaparecerá, o donde el mismo Florentino se entregará al Diablo.

Está también en otras novelas de la época: en la *Cubagua* de Enrique Bernardo Núñez y el secreto detrás de la india Cálice; o en el mismo Picón Salas, cuando en su ensayo “Misterio americano”, del libro *Estampas inconclusas de*

un viaje a Perú (1935), en el cual hace una crítica imperiosa de las minorías blancas, explica ese material inconsciente acumulado en la cultura del continente que son “las condiciones de las razas que no se han fundido bien” (203). Si en su juventud Rómulo Gallegos la ve como el resultado de una evolución y de un proceso de blanqueamiento, en el que es obvio que hay un cierto prejuicio racial propio de la época, más tarde pareciera entenderlo como espacio esencial que está en la tierra, un lugar peligroso que tiene tanto fuerzas revitalizadoras como dañinas, al que debe no solo entender sino sobre todo narrar. La ficción es conjuro, plan pedagógico y estrategia terapéutica para acercarse a ese espacio insondable y misterioso. Sirve así como remedio contra la ceguera y la incompreensión, contra las zonas inexploradas de lo humano y la cultura. Solo desde ella puede acercarse al núcleo duro de la nacionalidad para revelar su forma y figura, e incluso para seguir sus pasos y ver si puede orientarlos hacia otro destino más productivo.

Por eso a finales de los años veinte va a los llanos, va a Canaima, recorre el país, tal como hizo Lisandro Alvarado, o el poeta Andrés Eloy Blanco. Hay que ir a estas fuentes, entenderlas, escucharlas, y la mejor manera no es acudir a ellas sino ficcionalizarlas, darles sentidos en la trama, y erigir así otro viaje, el viaje a lo largo de la página escrita, oráculo a partir del cual puede contener y revelar la magia misteriosa de lo telúrico, del “carácter nacional”.

Estas son precisamente las mismas fuentes que buscan tanto Vegas como Zapata, y en menor medida Lerner, y que los unen paradójicamente al Gobierno revolucionario: “Hay que leer nada más *Cantaclaro*, hay que leer *Doña Bárbara* para percibir el *espíritu* de aquel hombre, las ideas de Rómulo Gallegos” (el énfasis es añadido), expresa para sorpresa de los opositores el mismo presidente revolucionario en una de sus alocuciones²⁰. Tales fuentes ya no están disponibles para los escritores que estudio, porque pareciera esta vez que se las han robado. Quien la tiene ahora, podríamos decir con algo de malicia, es el chavismo, que bajo el árbol de las tres raíces se las ha usurpado, llevando el espíritu nacional, ahora bolivariano y revolucionario, hacia otros senderos no previstos por nuestros escritores.

20 Véase <chavez.org.ve>. Las implicaciones de ellos son terribles, tal como lúcidamente nos asoma el trabajo de Paulette Silva Beauregard “Novela e imaginación pública en la Venezuela actual: el regreso de viejos fantasmas 1”, ya que inducen a pensar que estamos todavía atrapados en un imaginario que tiene como telón de fondo la necesidad del “gendarme necesario” positivista, y una visión de la historia pesimista que nos condena a estar presos en una lógica circular.

Sin embargo, hay una ironía en todo esto. El *alma de la raza*, más allá de ser una realidad incuestionable y auténtica, es un concepto, y no tan real por cierto, pues fue inventado por el francés Gustave Le Bon, autor que Gallegos leyó con cierta curiosidad. Aparece en dos obras: *Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos* (1894) y *Psicología de las masas* (1895). Se trata de un término determinante para el sistema de creencias que domina a la masa, fuertemente atado con su tradición, a saber, con los elementos de la memoria social que muestran su especificidad, ya que estos “representan las ideas, las necesidades y los sentimientos del pasado” (*Psicología de las masas* 67). No es, eso sí, un conjunto de valores o prácticas concretas heredadas por los ancestros; el autor habla por el contrario de otro tipo de herencia más instintiva, interna, trascendental, un sustrato inconsciente y fijo que se materializa como un “sentimiento colectivo” (81). “Cada raza es portadora en su constitución mental de las leyes de sus destinos y quizás obedezca a tales leyes a causa de un instinto ineludible, incluso en sus impulsos más aparentemente irracionales” (87), afirma.

El sociólogo francés veía así el *alma de la raza* como el resultado de un “ensamblaje de unidades disímiles” que comienzan “a amalgamarse en un todo”, es decir, como “un conjunto que posee características y sentimientos comunes a todo lo cual la heredabilidad dará mayor y mayor firmeza” (149). Además, Le Bon, quien veía con cierto peligro la irracionalidad y la heterogeneidad de la masa, pensaba que esta podía encauzarse si lograba que su “raza” siguiese algún principio de desarrollo o superación. “En la persecución de su ideal, la raza adquirirá sucesivamente las cualidades necesarias para darle esplendor, vigor y grandeza” (149), dice, y después aclara:

A veces, sin duda, seguirá siendo una masa, pero de allí en más, bajo las características inestables y cambiantes de las masas, se encuentra un sustrato sólido, el genio de la raza que confina dentro de límites estrechos las transformaciones de una nación y sustituye el papel del azar. (149)

Lo peculiar es que Le Bon lo ve como un elemento atemporal, como un “ser permanente, independiente del tiempo” (149); pero lo más interesante a los fines de nuestro trabajo es precisamente su mismo componente espectral: “no solo está compuesto por individuos vivos [...], sino también por una larga serie de muertos que fueron sus antepasados” (Bodei 359). En *Destinos personales: la era de la colonización de las conciencias* (2006), Remo Bodei lo explica de la siguiente manera: “La comunidad de los muertos está en la base del ‘alma de la raza’, del conjunto de las características nacionales durables de un pueblo” (359). Más clara aún fue la apropiación del positivista venezolano Gil Fortuol,

quien explica el concepto parafraseando en cierta medida al poeta Ruskin: “los muertos gobiernan a los vivos” (35)²¹.

Pero la Francia moderna de finales del siglo XIX de Le Bon no tiene nada que ver con las zonas agrarias o nativas del siglo XX en Venezuela, ni tampoco con las regiones que estudió en sus experiencias como etnógrafo. Además, el concepto que propone el sociólogo se ha criticado numerosas veces por tener ciertos elementos racistas y equívocos. En ese sentido, el mismo Laureano Vallenilla Lanz, en una conferencia que dictara el 1º de agosto de 1914 en el Teatro Calcaño en Caracas, titulada “El concepto de raza en la evolución venezolana”, sugería que en lugar de hablar de raza era mejor usar el concepto de *pueblo* o *nación* (cit. en Cardozo 58). Sin embargo, la palabra fue progresivamente apropiándose de diferentes formas para identificar el “alma nacional”: está, como vimos antes, en la novela *Cubagua* de Bernardo Núñez, en poemas de Andrés Eloy Blanco o en Antonio Arraiz, por solo mencionar algunos.

Por lo visto, entonces, algunos “espectros” no tienen orígenes tan nacionales como parece, sino un carácter desterritorial, tránsfuga y apátrida. De hecho, se importan y comercian de un lugar a otro, de un género a otro, de un idioma a otro, al menos en este aspecto. Y es que hay algo engañoso en cierta espectrología, en cierta ciencia de revivir muertos y hablar por ellos. ¿No lo hacía doña Bárbara con el Socio, que era invento suyo además? ¿O vamos a olvidar cómo el zambo astuto de Pajarote, que mata al mismo Brujeador, inventó el cuento del Familiar para darle más poder a Luzardo? ¿No estaremos entonces hablando de una criatura artificial que logra tener un poder movilizador sin igual? Dicho de otro modo, por más fuerte y esencial que sea este “espíritu” del “alma de la raza”, que parece un fantasma, no deja de necesitar de ficciones para revivirse: ficciones sociológicas, legales, ideológicas, nacionales, identitarias.

Los espectros son tramposos, sin duda, y revivirlos puede causar daños y alteraciones, pero también puede crear una necesidad de legitimidad y arraigo con un pasado y con una tradición, más aún cuando son poseídos de manera deliberada e instrumental (“de que vuelan, vuelan”). Detrás de la obsesión de revivir a Gallegos está la obsesión por conjurar el espectro nacional²². En la Venezuela

21 La referencia que cita de Ruskin es la siguiente: “Men cannot benefit those that are with them as they can benefit those who come after them; and of all the pulpits from which human voice is ever sent forth, there is none from which human voice is ever sent forth, there is none from which it reaches so far as from the grave” (cit. en Gil Fortoul 35).

22 Si bien al principio veía el *alma de la raza* como una utopía futura de mestizaje y blanqueamiento, luego, a partir de *Candaima*, la ve como incógnita, misterio, vacío y negación que porta una lógica muy parecida a lo *real* lacaniano: ese lugar traumático donde no hay sentido verbalizable.

actual, sus distintas herencias son las que han abierto el conflicto que, luego del paro petrolero y el 11 de abril del 2002, encarnaron el espíritu revolucionario y oficial bolivariano. Chávez lo convoca para hacerlo suyo, para convertirlo en parte de su épica personal que funde su gestión con la del cuerpo de la nación, aun cuando sus seguidores intelectuales marquen y delimiten bien los legados que les resultan perniciosos para la revolución; Vegas, Zapata y Lerner buscan por el contrario dar con otra herencia que pueda conjurarlo desde la paradójica condición de ser sujetos nacionales, pero ahora sin *comunidad imaginada*. Desterrados simbólicamente del nuevo proyecto “nacional” revolucionario, solo les queda restituir los fantasmas de otro tiempo y repensar su relación con ellos desde la pequeña, conservadora y menospreciada esfera letrada, en los tiempos de la Internet y la televisión comercial.

Obras citadas

- Almela, Harry. *Silva de las desventuras de la zona sórdida*. Caracas: Círculo de Escritores de Venezuela, 2012.
- Barreto, Igor. *El duelo*. San Fernando de Apure: Sociedad de Amigos del Santo Sepulcro, 2010.
- Bauman, Zigmunt. *Tiempos líquidos*. Barcelona: Tusquets, 2007.
- Bodei, Remo. *Destinos personales: la era de la colonización de las conciencias*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2006.
- Britto García, Luis. *País de petróleo, pueblo de oro*. Caracas: Fundarte, 2004.
- _____. *Por los signos de los signos*. Caracas: Monte Ávila, 2006.
- Caballero, Manuel. *Revolución, reacción y falsificación*. Caracas: Alfa, 2002.
- Capriles, Áxel. “Revolución ciudadana: revolución castrada”. *Golpe al vacío: reflexiones sobre los sucesos de abril de 2002*. Caracas: Lugar Común, 2012. 119-139.
- Chávez Frías, Hugo. “Por qué mataron a Delgado Chalboud?”. *Chávez: corazón de mi patria*, 14 de noviembre de 2010. 12 de julio de 2012. Web. <<http://www.chavez.org.ve/temas/noticias/delgadochalbaud-efemerides/>>.
- _____. “Transcripción del discurso de orden del presidente Chávez en ocasión de entregar la propuesta de reforma constitucional en la Asamblea Nacional”. *Aporrea*. Web. <<http://www.aporrea.org/actualidad/n99758.html>>.
- Duno, Luis. “Las tropelías de la turba: reflexiones sobre la construcción mediática de las masas”. *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Eds. Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan. Caracas: Equinoccio, 2006.
- Fuentes, Manuel. “Pasión por la palabra”. Entrevista a Elisa Lerner. *Tal Cual* (18 de mayo de 2004): 53-55.

- Gallegos, Rómulo. *Reinaldo Solar*. Caracas: Panapo, 1986.
- ___ *Doña Bárbara*. Madrid: Cátedra, 2007.
- Gil Fortoul, José. *El hombre y la historia: ensayo de sociología venezolana*. Madrid: América, 1925.
- Groys, Boris. *Bajo sospecha*. Madrid: Pretextos, 2006.
- Heller, Agnes. “Memoria cultural, identidad y sociedad civil”. Traducido por Ignacio Reyes García, bajo la supervisión de José A. Ramos Arteaga. 2001. Web. <<http://www.ygnazr.com/agnesheller.pdf>>.
- Le Bon, Gustave. *Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*. Madrid: Daniel Jorro, 1912.
- ___ *Psicología de las masas*. Madrid: Morata, 2005.
- Leal Curiel, Carole. “El árbol de la discordia”. *Anuario de Estudios Bolivarianos* [Caracas, Universidad Simón Bolívar], v.6 (1997): 27-39.
- Lerner, Elisa. *De muerte lenta*. Caracas: Biggot, 2006.
- López Ortega, Antonio. “La inquietud cartográfica”. *El Nacional, Papel Literario* (19 de marzo de 2011): 1.
- Mauss, Marcel. *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Trad. Julia Bucci. Buenos Aires: Katz Editores, 2007.
- Meza, Alfredo y Sandra Lafuente. *El acertijo de abril*. Caracas: Debate, 2012.
- Pacheco, Carlos. “Texturas de la nación: el intelectual Gallegos como significante político y estético en la cultura venezolana”. *Nación y literatura: itinerarios de la palabra escrita en la cultura venezolana*. Eds. Carlos Pacheco, Luis Barrera Linares y Beatriz González Stephan. Caracas: Equinoccio, 2006. 431-451.
- Pantin, Yolanda. *País*. Caracas: Fundación Bigott, 2007.
- Picón Salas, Mariano. *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1983.
- Rojas, Rafael. *Tumbas sin sosiego: revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- Roz, José Sant. “Elementos racistas y oligarcas en la obra de Rómulo Gallegos”.
___ “Un negro (mulato, mestizo o indio) antichavista, es un aberrado”.
___ “Los tres grandes mosqueteros del racismo nacional: Adriani, Gallegos Betancourt”.
- Silva Beaugard, Paulette. “Novela e imaginación pública en la Venezuela actual: el regreso de viejos fantasmas 1”. *Espéculo*, 48 (julio-agosto de 2011). Web. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero48/novimagve.html>>.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000.
- Vegas, Federico. *Falke*. Caracas: Mondadori, 2010.
- Zapata, Juan Carlos. *Doña Bárbara con Kalashnikov*. Caracas: Alfa, 2008.